

V. I. Lenin

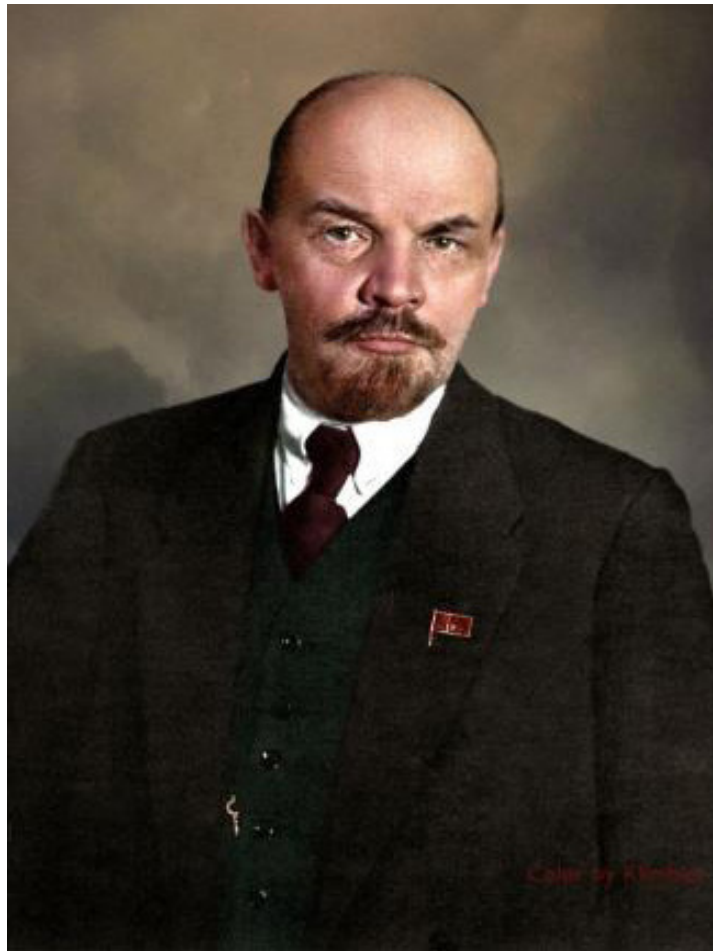
**MARXISMO Y
REVISIONISMO**



**PARTIDO (M-L)
DE LOS
TRABAJADORES**

Vladimir Illich Lenin

MARXISMO Y REVISIONISMO
(1908)



iProletarios de todos los países, uníos!

MARXISMO Y REVISIONISMO

Un conocido aforismo dice que si los axiomas geométricos chocasen con los intereses de los hombres, seguramente habría quien los refutase. Las teorías de las ciencias naturales, que chocaban con los viejos prejuicios de la teología, provocaron y siguen provocando hasta hoy día la lucha más rabiosa. Nada tiene de extraño, pues, que la doctrina de Marx, puesta directamente al servicio de la educación y organización de la clase de vanguardia de la sociedad moderna, señale las tareas de esta clase y demuestre que es inevitable la sustitución - en virtud del desarrollo económico- del régimen actual por un nuevo orden de cosas; nada tiene de extraño que esta doctrina hubiera de conquistar en lucha cada paso dado en la senda de la vida.

Huelga hablar de la ciencia y la filosofía burguesas, enseñadas de un modo oficial por catedráticos oficiales para embrutecer a las nuevas generaciones de las clases pudientes y "amaestradas" contra los enemigos de fuera y de dentro. Esta ciencia no quiere ni oír mencionar el marxismo, al que declara refutado y destruido; contra Marx arremeten con igual celo tanto los hombres de ciencia jóvenes, que hacen carrera rebatiendo el socialismo, como los ancianos seniles, que guardan el legado de toda clase de "sistemas" caducos. Los avances del marxismo, la difusión y el arraigo de sus ideas entre la clase obrera provocan inevitablemente la reiteración y el enconamiento de esos ataques burgueses contra el marxismo, el cual sale más fortalecido, más templado, con más vida de cada una de sus "destrucciones" a manos de la ciencia oficial.

Mas tampoco entre las doctrinas vinculadas a la lucha de la clase obrera y difundidas sobre todo entre el proletariado ganó el marxismo de golpe, ni muchísimo menos, sus posiciones. Durante el primer medio siglo de su existencia (desde la década del 40 del siglo XIX), el marxismo impugnó las teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40, Marx y Engels saldaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, que abrazaban el idealismo filosófico. A fines de esta década pasa a primer plano la lucha en el terreno de las doctrinas económicas, la lucha contra el proudhonismo. Esta lucha culmina en la década del 50: crítica de los partidos y de las doctrinas que se habían dado a conocer en el turbulento año 1848. En la década del 60, la lucha se desplaza del campo de la teoría general a un terreno más cercano al movimiento obrero propiamente dicho: expulsión del bakuninismo de la Internacional²²³. A comienzos de la década del 70 descuella en Alemania, por breve tiempo, el proudhonista Mülberger; a fines de esta década, el positivista Dühring. Pero la influencia de uno y otro en el proletariado es ahora insignificante en extremo. El marxismo alcanza ya el triunfo absoluto sobre todas las demás ideologías del movimiento obrero.

Hacia la década del 90 del siglo pasado, este triunfo estaba ya consumado en sus rasgos fundamentales. Hasta en los países latinos, donde se mantenían más tiempo las tradiciones del proudhonismo, los partidos obreros estructuraron en la práctica sus programas y su táctica sobre bases marxistas. Al renovarse -en forma de congresos internacionales periódicos- la organización internacional del movimiento obrero, ésta se colocó al punto y casi sin lucha, en todo lo esencial, en el terreno del marxismo. Pero cuando el marxismo hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos coherentes que le eran hostiles, las tendencias albergadas en ellas buscaron otros caminos. Cambiaron las formas y los motivos de la lucha, pero ésta continuó. Y el segundo medio siglo de existencia del marxismo (década del 90 del siglo pasado) comenzó por la lucha de una corriente antimarxista en el seno del propio marxismo.

Esta corriente debe su nombre al ex marxista ortodoxo Bernstein, que es quien más alborotó y ofreció la expresión más acabada de las enmiendas hechas a Marx, de la revisión de Marx, del revisionismo. Incluso en Rusia, donde el socialismo no marxista se mantuvo lógicamente el mayor tiempo la causa del atraso económico del país y del predominio de la población campesina, oprimida por los vestigios feudales, incluso en Rusia, este socialismo se convierte a ojos vistas en revisionismo. Y lo mismo en el problema agrario (programa de municipalización de toda la tierra) que en las cuestiones generales programáticas y tácticas, nuestros socialpopulistas sustituyen cadavez más con "enmiendas" a Marx los restos agonizantes y caducos del viejo sistema, coherente a su modo y profundamente hostil al marxismo.

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Continúa la lucha, pero ya no en su propio terreno, sino en el terreno general del marxismo, a título de revisionismo. Veamos, pues, cuál es el contenido ideológico del revisionismo.

En el campo de la filosofía, el revisionismo iba a remolque de la "ciencia" académica burguesa. Los catedráticos "retornaban a Kant", y el revisionismo seguía los pasos a los neokantianos; los catedráticos repetían, por milésima vez, las vulgaridades de los curas contra el materialismo filosófico, y los revisionistas, sonriendo con indulgencia, balbuceaban (repitiendo ce por be el último manual) que el materialismo había sido "refutado" hacía mucho tiempo. Los catedráticos trataban a Hegel de "perro muerto" y, predicando ellos mismos el idealismo, sólo que mil veces más mezquino y trivial que el hegeliano, se encogían de hombros con desdén ante la dialéctica, y los revisionistas se metían tras ellos en la charca del envilecimiento filosófico de la ciencia, sustituyendo la "sutil" (y revolucionaria) dialéctica con la "simple" (y tranquila) "evolución". Los catedráticos se ganaban su sueldo del Estado acomodando sus sistemas, tanto los idealistas como los "críticos", a la "filosofía" medieval imperante (es decir, a la teología), y los revisionistas se acogían a ellos, esforzándose en hacer de la religión un "asunto privado", mas no con relación al Estado moderno, sino al partido de la clase de vanguardia.

Huelga decir cuál era la significación real clasista de semejantes "enmiendas" a Marx: la cosa es clara de por sí. Señalaremos solamente que Plejánov fue, dentro de la socialdemocracia internacional, el único marxista que hizo, desde el punto de vista del materialismo dialéctico consecuente, la crítica de aquellas increíbles vulgaridades expuestas por los revisionistas. Es tanto más necesario subrayarlo con energía que en nuestros días se hacen tentativas profundamente erróneas de dar por bueno el viejo y reaccionario fárrago filosófico so capa de criticar el oportunismo táctico de Plejánov*.

Pasando a la economía política, debe señalarse, ante todo, que en esta esfera las "enmiendas" de los revisionistas eran muchísimo más variadas y minuciosas. Los revisionistas procuraban sugestionar al público con "nuevos datos del desarrollo económico". Decían que en la agricultura no se opera en absoluto la concentración y el desplazamiento de la pequeña producción por la grande, y que en el comercio y la industria transcurre con suma lentitud. Decían que las crisis son ahora menos frecuentes y graves y que era probable que los consorcios y los trusts diesen al capital la posibilidad de superarlas por completo. Decían que la "teoría de la bancarrota", hacia la cual marcha el capitalismo, carece de fundamento debido a la tendencia a suavizar y atenuar las contradicciones de las clases. Decían, por último, que no estaría de más enmendar también la teoría del valor de Marx conforme a Böhm-Bawerk.

* Véase el libro *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*, de Bogdánov, Bazárov y otros. No es éste el lugar oportuno para analizarlo, y por el momento, he de limitarme a declarar que no tardaré mucho en demostrar en una serie de artículos, o en un folleto aparte, que todo lo dicho en el texto sobre los revisionistas neokantianos guarda también relación, en sustancia, con estos "nuevos" revisionistas neohumanistas y neoberkelianos.

(Véase V. I. Lenin. *Materialismo y empiriocriticismo*, en el tomo 4 de la presente edición. o. de la Edit.)

La lucha contra los revisionistas en torno a estas cuestiones reavivó el pensamiento teórico del socialismo internacional con la misma fecundidad que veinte años antes había hecho la polémica de Engels con Dühring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifra en la mano. Se demostró que los revisionistas embellecían constantemente la pequeña producción actual. La superioridad técnica y comercial de la gran producción sobre la pequeña no sólo en la industria, sino también en la agricultura, queda probada con datos irrefutables. Pero, en la agricultura, la producción mercantil está mucho menos desarrollada, y los estadísticos y economistas actuales no saben, por lo general, destacar las ramas (y, a veces, incluso las operaciones) especiales de la agricultura que expresan cómo ésta va siendo englobada progresivamente en el intercambio de la economía mundial. La pequeña producción se sostiene sobre las ruinas de la economía natural gracias al empeoramiento infinito de la alimentación, al hambre crónica, a la prolongación de la jornada de trabajo y al deterioro y peor cuidado del ganado; en suma, gracias a los mismos medios con que se sostuvo también la artesanía contra la manufactura capitalista. Cada paso adelante de la ciencia y de la técnica socava, inevitable e inexorablemente, los cimientos de la pequeña producción en la sociedad capitalista. Y la tarea de la economía política socialista consiste en investigar todas las formas de este proceso, no pocas veces complejas e intrincadas, y demostrar al pequeño productor que le será imposible sostenerse bajo el capitalismo, que la situación de las haciendas campesinas en el régimen capitalista es desesperada, y se precisa que el campesino adopte el punto de vista del proletariado. En el problema que tratamos, los revisionistas incurrieron en el pecado científico de hacer una síntesis superficial de algunos hechos entresacados unilateralmente, desvinculándolos de todo el régimen del capitalismo, y en el pecado político de exhortar o impulsar inexorablemente al campesino, de un modo voluntario o involuntario, a adoptar el punto de vista del propietario (es decir, el punto de vista de la burguesía), en vez de impulsarle hacia el punto de vista del proletario revolucionario.

El revisionismo salió aún peor parado de la teoría de las crisis y de la teoría de la bancarrota. Sólo gentes de lo más miopes, y sólo durante un periodo muy breve, pudieron pensar, bajo el influjo de unos cuantos años de auge y prosperidad industrial, en revisar las bases de la doctrina de Marx. La realidad se encargó de demostrar muy pronto a los revisionistas que las crisis no habían fenecido: tras la prosperidad vino otra crisis. Cambiaron las formas, la sucesión y el cuadro de las distintas crisis, pero éstas seguían siendo parte inseparable e ineludible del régimen capitalista. Los cártels y los trusts reunían sus industrias y acentuaban a la vez, a la vista de todos, la anarquía de la producción, la inseguridad económica del proletariado y la opresión del capital, exacerbando así, en un grado nunca visto, las contradicciones de las clases. Los modernos trusts gigantescos han venido justamente a demostrar, de modo bien palpable y en proporciones muy extensas, que el capitalismo marcha hacia la bancarrota, tanto en el sentido de las crisis políticas y económicas aisladas como en el del completo hundimiento de todo el régimen capitalista. La reciente crisis financiera de Norteamérica y la espantosa agravación del paro en toda Europa, sin hablar ya de la inminente crisis industrial, de la que ya despuntan no pocos síntomas, han hecho olvidar las últimas "teorías" de los revisionistas a todo el mundo, tal vez incluso a muchos de ellos mismos. Lo que no debe olvidarse son las enseñanzas que esta veleidad de los intelectuales ha dado a la clase obrera.

En cuanto a la teoría del valor, baste decir que, aparte de alusiones y añoranzas muy vagas, por Böhm-Bawerk, los revisionistas no han aportado aquí absolutamente nada ni dejado, por tanto, ninguna huella en el desarrollo del pensamiento científico.

En el campo de la política, el revisionismo intentó revisar lo que constituye realmente la base del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de las clases. La libertad política, la democracia y el sufragio universal destruyen la base de la lucha de las clases -nos decían los revisionistas- y desmienten la vieja tesis del Manifiesto Comunista de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera la "voluntad de la mayoría", no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de dominación de una clase ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios.

Es indiscutible que estas objeciones de los revisionistas formaban un sistema bastante ordenado de concepciones, a saber: las harto conocidas concepciones liberales de la burguesía. Los liberales han dicho siempre que el parlamentarismo burgués suprime las clases y las diferencias entre ellas, ya que todos los ciudadanos sin excepción tienen derecho al voto y a la gestión pública. Toda la historia europea de la segunda mitad del siglo XIX, y toda la historia de la revolución rusa a comienzos del siglo XX enseñan de manera palpable cuán absurdas son tales concepciones. Lejos de atenuarse, las diferencias económicas se acentúan y acrecientan con las libertades del capitalismo "democrático". El parlamentarismo no suprime el fondo opresor de clase de las repúblicas burguesas más democráticas, sino que lo pone al desnudo. Ayudando a instruir y organizar a contingentes de la población incomparablemente más nutridos que los incorporados antes a la participación activa en los acontecimientos políticos, el parlamentarismo no da solución a las crisis ni a las revoluciones políticas; más bien exacerba al máximo la guerra civil durante estas revoluciones. Los acontecimientos de París en la primavera de 1871 y los de Rusia en el invierno de 1905 mostraron con meridiana claridad cuán inevitable es dicho exacerbamiento. La burguesía francesa no vaciló un instante, para aplastar el movimiento proletario, en pactar con el enemigo de toda la nación, con las tropas extranjeras que habían devastado a su patria. Quien no comprenda la ineludible dialéctica interna del parlamentarismo y de la democracia burguesa, dialéctica que lleva a zanjar el litigio por la violencia masiva con más rudeza aún que en tiempos anteriores, jamás sabrá desplegar una propaganda y una agitación consecuentes, basadas en este parlamentarismo y ajustadas a los principios, que preparen verdaderamente a las masas obreras para participar victoriosas en tales "litigios". La experiencia de las alianzas, de los convenios, de los bloques con el liberalismo socialreformista en Europa Occidental y con el reformismo liberal (demócratas constitucionalistas) en la revolución rusa, muestra de manera suavisada que estos convenios no hacen sino ofuscar la conciencia de las masas, mermando el alcance real de su lucha, en vez de entenderlo, al unir a los que luchan con los elementos menos capaces de pelear, con los elementos más vacilantes y traidores. El millerandismo francés -la mayor experiencia de aplicación de la táctica política revisionista a gran escala nacional de verdad- nos ha ofrecido una muestra práctica de lo que vale el revisionismo, y el proletariado del mundo entero jamás la olvidará.

El complemento natural de las tendencias económicas y políticas del revisionismo era su actitud ante el objetivo final del movimiento socialista. "El fin no es nada; el movimiento lo es todo"; esta frase proverbial de Bernstein expresa la esencia del revisionismo mejor que muchas y larga disertaciones. Determinar de cuando en cuando la conducta que se debe seguir, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo y sacrificar estos intereses cardinales por ventajas reales o supuestas del momento: ésa es la política revisionista. Y de su esencia misma se desprende con toda certidumbre que esta política puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un tanto "nuevo", cada viraje un tanto inesperado e imprevisto

de los acontecimientos -aunque este viraje sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto-, dará lugar siempre, ineluctablemente, a tal o cual variedad de revisionismo.

La irrevocabilidad del revisionismo se debe a su raigambre clasista en la sociedad contemporánea. El revisionismo es un fenómeno internacional. A ningún socialista algo enterado y habituado a pensar le puede caber la menor duda de que la relación entre ortodoxos y bernsteinianos en Alemania, entre guesdistas y jauresistas (ahora broussistas sobre todo)²²⁸ en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra, entre de Brouckère y Vandervelde en Bélgica, entre integralistas y reformistas en Italia y entre bolcheviques y mencheviques en Rusia es, en el fondo, la misma en todas partes, pese a la gigantesca diversidad de condiciones nacionales y factores históricos en la situación actual de todos estos países. La "divisoria" que cruza el seno del socialismo internacional contemporáneo hoy ya, en los diversos países del mundo, es, en realidad, una misma línea, lo cual patentiza el inmenso paso adelante que se ha dado en comparación con lo que había hace treinta o cuarenta años, cuando en los diversos países pugnaban tendencias heterogéneas dentro de un socialismo internacional único. Ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos con el nombre de "sindicalismo revolucionario" se adapta asimismo al marxismo, "enmendándolo": Labriola en Italia y Lagardelle en Francia aducen a cada paso al Marx mal comprendido para apelar al Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de este revisionismo, que dista mucho de estar tan desarrollado como el revisionismo oportunista y que no se ha internacionalizado, que no ha reñido ni una sola batalla práctica importante con el partido socialista de ningún país. Por eso nos limitaremos a ese "revisionismo de derecha" que hemos esbozado antes.

¿En qué estriba la irrevocabilidad de este revisionismo en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias dimanantes de las particularidades nacionales y del grado de desarrollo del capitalismo? Lo es porque, en todo país capitalista, existen siempre, al lado del proletariado, extensos sectores de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo nació y sigue naciendo sin cesar de la pequeña producción. El capitalismo vuelve a crear indefectiblemente toda una serie de "sectores medios" (apéndices de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país, porque así lo exige la gran industria, por ejemplo, la de bicicletas y automóviles, etc.). Estos nuevos pequeños productores se ven arrojados también, de manera tan indefectible, a las filas del proletariado. Es completamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros. Es completamente natural que deba suceder así, y así sucederá siempre hasta que se llegue a las peripecias de la revolución proletaria, pues sería un craso error creer que es necesaria la proletarización "completa" de la mayoría de los habitantes para que se pueda hacer esa revolución. Lo que hoy estamos experimentando, con frecuencia en mero plano ideológico -las impugnaciones de las enmiendas teóricas hechas a Marx-; y lo que hoy sólo se manifiesta en la práctica con motivo de ciertos problemas parciales, sueltos, del movimiento obrero -como discrepancias tácticas con los revisionistas y escisiones relacionadas con ello-, lo tendrá que experimentar sin falta la clase obrera, en proporciones incomparablemente mayores, cuando la revolución proletaria exacerbe todos los problemas en litigio y concentre todas las discrepancias en los puntos de mayor importancia para determinar la conducta de las masas, obligando a separar en el fragor del combate a los enemigos de los amigos y a prescindir de los malos aliados para asestar golpes demoledores al enemigo.

La lucha ideológica que el marxismo revolucionario llevó contra el revisionismo a fines del siglo XIX no es más que el prelude de las grandes batallas revolucionarias del proletariado,

que, pese a todas las vacilaciones y debilidades de la pequeña burguesía, avanza hacia el triunfo completo de su causa.

Escrito en la segunda quincena de marzo, no más tarde del 3 (16) de abril de 1908. Publicado entre el 25 de septiembre (8 de octubre) y el 2 (15) de octubre de 1908 en la recopilación "Carlos Marx (1818-1883)". San Petersburgo. Firmado: V. Ilín.

T. 17, págs. 15-26.